

tan singulares, unas ganas de tomarse confianzas con Cristo ó con la Santísima Trinidad, y aun con tal ó cual santo, que no sabía lo que le pasaba. El amor le conducía á la devoción, como le habría conducido á la impiedad si las cosas fuesen por aquel camino. Tan bien le pareció el plan de su hermano, que el gozo le reprodujo el dolor de cabeza, aunque levemente. Comprimiéndose con dos dedos de la mano la ceja izquierda, habló á Fortunata de lo buenas que debían de ser aquellas madres Micaelas, de lo bonito que sería el convento y de las preciosas y utilísimas cosas que allí aprendería, soltando como por ensalmo la cáscara amarga y trocándose en señora, sí, en señora tan decente, que habría otras lo mismo, pero más no..., más no.

A Fortunata se le comunicó el entusiasmo. ¡La religión! Tampoco ella había caído en esto. ¡Cuidado que no ocurrírsele una cosa tan sencilla!... Lo particular era que veía su purificación como se ve un milagro cuando se cree en ellos, como convertir el agua en vino ó hacer de cuatro peces cuarenta.

—Dime una cosa—preguntó á Maxi, acordándose de que era bella:—¿Y me pondrán tocacas blancas?

—Puede que sí—replicó él con seriedad.—No puedo asegurártelo; pero es fácil que sí te las pongan.

Fortunata cogió una toalla, y echándosela por

la cabeza se fué á mirar al espejo. Acordóse entonces de una cosa esencial, esto es, que en la nueva existencia la hermosura física no valía un pito, y que lo que importaba y tenía valor era la del alma. Observando la cara que tenía Maxi aquel día y lo pálido que estaba, consideró que las prendas morales del joven empezaban á transparentarse en su rostro, haciéndole menos desagradable... Entrevió una mudanza radical en su manera de ver las cosas. «¡Quién sabe—se dijo—lo que pasará después de estar allí tratando con las monjas, rezando y viendo á todas horas la custodia! De seguro me volveré otra sin sentirlo. Yo saco la cuenta de lo bueno que puede sucederme por lo malo que me ha sucedido. Calculo que esto es como cuando una teme llegar á la cosa más mala del mundo y dice una: «Jamás llegaré á eso.» ¿Y qué pasa?, que luego llega una y se asombra de verse allí, y dice: «Parecía mentira.» Pues lo mismo será con lo bueno. Dice una: «Jamás llegaré tan arriba», y sin saber cómo, arriba se encuentra.»

Maximiliano se quedó á almorzar; pero la irritación de su estómago y la desgana hubieron de contenerle en la más prudente frugalidad. Ella, en cambio, tenía buen apetito, porque había trabajado mucho aquella mañana y quizás porque estaba contenta y excitada. De aquí tomó pie el redentor para hablar de lo mucho que comía su hermano Nicolás. Esto des-

ilusionó un poco á Fortunata, que se quedó como lela mirando á su amante, y deteniendo el tenedor á poca distancia de la boca. Creía ella que los curas de mucho saber y virtud debían de conocerse en el poco uso que hacían del agua y jabón, y también en que su alimento no podía ser sino hierbas cocidas y sin sal.

Toda la tarde estuvieron platicando acerca de la ida al convento, y también sobre cosas relacionadas con la parte material de su existencia futura. «En la partición—dijo con cierto énfasis Maximiliano—me tocan fincas rústicas. Mi tía se enfadó porque deseaba para mí el dinero contante; pero yo no soy de su opinión; prefiero los inmuebles.»

Fortunata apoyó esta idea con un signo de cabeza; mas no estaba segura de lo que significaba la palabra *inmueble*, ni quería tampoco preguntarlo. Ello debía de ser lo contrario de muebles. Maxi la sacó de dudas más tarde, hablando de sus olivares y viñas y de la buena cosecha que se anunciaba; por lo cual vino á entender que inmuebles es lo mismo que decir árboles. También ella prefería las propiedades de campo á todas las demás clases de riqueza. Después que se retiró su amante, se quedó pensando en su fortuna, y todo aquel fárrago de olivos, parrales y carrascales que tenía metido en la cabeza le impidió dormir hasta muy tarde, enderezando aún más sus propósitos por la vía de la honradez.

—A ver, ¿qué tal?... ¿cómo es?... ¿es guapa?—había preguntado doña Lupe á Nicolás con vivísima curiosidad.

Aunque el insigne clérigo no tenía cierta clase de pasiones, sabía apreciar el género á la vista. Hizo con los dedos de su mano derecha un manojo, y llevándolos á la boca los apartó al instante, diciendo:

—Es una mujer... hasta allí.

Doña Lupe se quedó desconcertada. A los peligros ya conocidos debían unirse los que ofrece por sí misma toda belleza superior dentro de la máquina del matrimonio. «Las mujeres casadas *no deben* ser muy hermosas», dijo la señora promulgando la frase con acento de convicción profunda.

Hízole otras mil preguntas para aplacar su ardentísima curiosidad: cómo estaba vestida y peinada; qué tal se expresaba; cómo tenía arreglada la casa, y Nicolás respondía echándose las de observador. Sus impresiones no habían sido malas, y aunque no tenía bastantes datos para formar juicio del verdadero carácter de la prójima, podía anticipar, fiado en su experiencia, en su buen ojo y en un cierto no sé qué, presunciones favorables. Con esto la curiosidad de doña Lupe se acaloraba más, y ya no podía tener sosiego hasta no meter su propia nariz en aquel guisado. Visitar á la tal no le parecía digno, habiendo hecho tantos aspavientos en con-

tra suya; pero estar muchos días sin verla y averiguarle las faltas si las tenía, era imposible. Hubiera deseado verla *por un agujerito*. Con el sobrinillo no quería la señora dar su brazo á torcer, y siempre se mostraba intolerante, aunque ya con menos fuego. Parecióle buena idea aquello de purificarla en las Micaelas, y aunque á nadie lo dijo, para sí consideraba aquel camino como el único que podía conducir á una solución. Rabiaba por echarle la vista encima al *basilisco*, y como su sobrino no le decía que fuera á verla, este silencio hacía la rabiarse más. Un día ya no pudo contenerse, y cogiendo descuidado á Maxi en su cuarto, le embocó esto de buenas á primeras: «No creas que voy yo á rebajarme á eso...»

—¿A qué, señora?

—A visitar á tu..., no puedo pronunciar ciertas palabras. Me parece indecoroso que yo vaya allá, á pesar de todos esos proyectos de leija eclesiástica que le vais á dar.

—Señora, si yo no he dicho á usted nada...

—Te digo que no iré..., no iré.

—Pero tía...

—No hay tía que valga. No me lo has dicho; pero lo deseas. ¿Crees que no te leo yo los pensamientos? ¡Qué podrás tú disimular delante de mí! Pues no, no te sales con la tuya. Yo no voy allá sino en el caso de que me lleveis atada de pies y manos.

—Pues la llevaremos atada de manos y pies —dijo Maxi, riendo.

Lo deseaba, sí; pero como tenía su criterio formado y su invariable línea de conducta trazada, no daba un valor excesivo á lo que de la visita pudiera resultar. Véase por dónde la fuerza de las circunstancias había puesto á doña Lupe en una situación subalterna, y el pobre chico, que meses antes no se atrevía á chistar delante de ella, miraba á su tía de igual á igual. La dignidad de su pasión había hecho del niño un hombre, y como el plebeyo que se ennoblece, miraba á su antiguo autócrata con respeto, pero sin miedo.

Como Nicolás visitaba algunos días á Fortunata para enseñarle la doctrina cristiana, doña Lupe se ponía furiosa. Tantas idas y venidas decía ella que le tenían revuelto el estómago. Pero el sentimiento que verdaderamente la hacía chillar era como envidia de que fuese Nicolás y no pudiera ir ella. Por este motivo andaban tía y sobrino algo desavenidos. Corría Marzo, y el día de San José dijo Nicolás en la mesa: «Tía, ya hay fresa.» Pero la indirecta no hizo efecto en la económica viuda. Volvió á la carga el clérigo en diferentes ocasiones: «¡Qué fresa más rica he visto hoy! Tía, ¿á cómo estará ahora la fresa?»

—No lo sé, ni me importa—replicó ella,— porque como no la pienso traer hasta que no se ponga á tres reales...

Nicolás dió un suspiro, mientras doña Lupe decía para sí: «Como no comas más fresa que la que yo te ponga, tragaldabas, aviado estás.»

Y como doña Lupe era algo golosa, trajo un día un cucurucho de fresa, bien escondido entre la mantilla; mas no lo puso en la mesa. Concluída la comida, y mientras Nicolás leía *La Correspondencia* ó *El Papelito* en el comedor, doña Lupe se encerraba en su cuarto para comerse la fresa bien espolvoreada con azúcar. En cuanto el cura se echaba á la calle, salía doña Lupe de su escondite para ofrecer á Maximiliano un poco de aquella sabrosa fruta, y entraba en su cuarto con el platito y la cucharilla. Agradecía mucho estas finezas el chico, y se comía la golosina. Mirábale comer su tía con expectante atención, y cuando quedaban en el plato no más que seis ó siete fresas, se lo quitaba de las manos diciendo: «Esto para Papitos, que está con cada ojo como los de un besugo.»

La chiquilla se comía las fresas, y después, con los lengüetazos que le daba al plato, lo dejaba como si lo hubiera lavado.

## VII

Juan Pablo prestaba atención muy escasa al asunto de Maximiliano y á todos los demás asuntos de la familia, como no fuera el de la herencia. Su anhelo era cobrar pronto para pagar sus trampas. Entraba de noche muy tarde, y casi siempre comía fuera, lo que agradecía mucho doña Lupe, pues Nicolás, con su voracidad puntual, le desequilibraba el presupuesto de la casa. La misantropía que le entró á Juan Pablo desde su desairado regreso del Cuartel Real no se alteró en aquellos días que sucedieron á la herencia. Hablaba muy poco, y cuando doña Lupe le nombraba el casorio de Maxi, como cuando se le pega á uno un alfilerazo para que no se duerma, alzaba los hombros, decía palabras de desdén hacia su hermano y nada más. «Con su pan se lo coma... ¿Y á mí qué?»

De carlismo no se hablaba en la casa, porque doña Lupe no lo consentía. Pero una mañana, los dos hermanos mayores se enfrascaron de tal modo en la conversación, más bien disputa, que no hicieron maldito caso de la señora. Juan Pablo estaba lavándose en su cuarto; entró Nicolás á decirle no sé qué, y por si el cura Santa Cruz era un bandido ó un loco, se fueron enzarzando, enzarzando, hasta que...

—¿Quieres que te diga una cosa?—gritaba el primogénito, descomponiéndose.—Pues don Carlos no ha triunfado ya por vuestra culpa, por culpa de los curas. Hay que ir allá, como he ido yo, para hacerse cargo de las intrigas de la gentualla de sotana, que todo lo quiere para sí, y no va más que á desacreditar con calumnias y chismes á los que verdaderamente trabajan. Yo no podía estar allí; me ahogaba. Le dije á Dorregaray: «mi general, no sé cómo usted aguanta esto», ¡y él se alzaba de hombros poniéndome una cara!... No pasaba día sin que los lechuzos le llevaran un cuento á D. Carlos. Que Dorregaray andaba en tratos con Moriones para rendirse; que Moriones le había ofrecido diez millones de reales; en fin, mil indecencias. Cuando llegó á mi noticia que me acusaban de haber ido al Cuartel General de Moriones á llevar recados de mi jefe, me volé, y aquella misma tarde, habiéndome encontrado á la camarilla en el atrio de la iglesia de San Miguel, me lié la manta á la cabeza, y por poco se arma allí un Dos de Mayo. «Aquí no hay más traidores que ustedes. Lo que tienen es envidia del traidor, si le hubiera, por el provecho que saque de su traición. No digo yo por diez millones; pero por diez mil ochavos venderían ustedes al Rey y toda su descendencia; ladrones, infames, tíos de Judas. En fin, que si no acierta á pasar el coronel Goiri, que me quería mucho, y me

coge á la fuerza y me arranca de allí y me lleva á mi casa, aquella tarde sale el redaño de un cura á ver la puesta del sol. Estuve tres días en cama con un amago de ataque cerebral. Cuando me levanté, pedí una audiencia á Su Majestad. Su contestación fué ponerme en la mano el canuto y el pasaporte para la frontera. En fin, que los *engarzarosarios* dieron conmigo en tierra, porque no me prestaba á ayudarles en sus maquinaciones contra los leales y valientes. Por las sotanas se perdió D. Carlos V, y al VII no le aprovechó la lección. Allá se las haya. ¿No querías religión?, pues ahí la tienes; atrácate de curas, indigéstate y revienta.»

—Es una apreciación tuya—dijo Nicolás moderando su ira—que no me parece muy fundada... Esta es la cosa.

—¿Tú qué sabes lo que es el mundo y la realidad? Estás en Babia.

—Y tú me parece que estás algo ido, porque cuidado que has dicho disparates.

—Cállate la boca, estúpido...—dijo Nicolás, sulfurándose.

—¿Sabes lo que te digo?—gritó Juan Pablo alzando arrogante la voz,—que á mí no se me manda callar, ¿estamos? He tenido el honor de decirle cuatro frescas al obispo de Persépolis, y quien no teme á las sotanas moradas, ¿qué miedo ha de tener á las negras?...

—Pues yo te digo...—agregó Nicolás des-

compuesto, trémulo y no sabiendo si amenazar con los puños ó simplemente con las palabras, —yo te digo que eres un chisgaravis.

—¿Qué alboroto es éste?—clamó doña Lupe entrando á poner paz. —¡Vaya con los caballeros éstos! Ya les dije otra vez á los señores ojateros, que cuando quisieran disputar por alto se fueran á hacerlo á la calle. En mi casa no quiero escándalos.

—Es que con este bruto no se puede discutir...—dijo Nicolás, que casi no podía respirar de tan sofocado como estaba.

Juan Pablo no decía nada, y siguió vistiéndose, volviendo la espalda á su hermano.

—¡Vaya un genio que has echado!—le dijo doña Lupe, sin que él la mirara.—Podías considerar que tu hermano es sacerdote... Y sobre todo, no vengas echándotela de plancheta; porque si te salió mal el pase á *la infame facción*, y has tenido que volverte con las manos en la cabeza, ¿qué culpa tenemos los demás?

Juan Pablo no se dignó contestar. Doña Lupe cogió por un brazo al cura y se lo llevó consigo, temerosa de que se enzarzaran otra vez. En el comedor estaba Maximiliano sentado ya para almorzar. Había oído la reyerta sin dársele una higa de lo que resultara. Allá ellos. A Nicolás no le quitó su berrinchín el apetito, pues ninguna turbación del ánimo, por grande que fuera, le podía privar de su más característica manifes-

tación orgánica. Los tres oyeron gritos en la calle, y doña Lupe puso atención, creyendo que era un *extraordinario* de periódico anunciando triunfos del ejército liberal sobre los carlistas. En aquellos días del año 1874, menudeaban los suplementos de periódico, manteniendo al vecindario en continua ansiedad.

—Papitos—dijo la señora,—toma dos cuartos y bájate á comprar el *extraordinario de la Gaceta*. Veréis cómo habla de alguna buena tollina que les han dado á los *tersos*.

Nicolás, que tenía un oído sutilísimo, después de callar un rato y hacer callar á todos, dijo: —Pero tía, no sea usted chiflada. Si no hay tal pregón de *extraordinario*. Lo que dice la voz, claramente se oye... *El freseeero... fresa*.

—Puede que así sea—replicó doña Lupe, guardando su portamonedas más pronto que la vista.—Pero está tan verde, que es un puro vinagre...

—Todo sea por Dios—se dejó decir Nicolás suspirando.—Peor la pasó Jesús, que pidió agua y le dieron hiel.

Mascando el último bocado salió Maximiliano para irse á clase, llevando la carga de sus libros, y mucho después almorzó Juan Pablo solo. Aquellos almuerzos servidos á distintas horas molestaban mucho á doña Lupe. ¿Se creían sus sobrinos que aquella casa era una posada? El único que tenía consideración, el

que menos guerra daba y el que menos comía era Maxi, el de la pasta de ángel, siempre comido, aun después de que le volvieron tarumba los ojos de una mujer. Sobre esto reflexionaba doña Lupe aquella tarde, cosiendo en la sillita, junto al balcón de la calle, sin más compañía que la del gato.

—Digase lo que se quiera, es el mejor de los tres—pensaba, metiendo y sacando la aguja;—mejor que el egoistón de Nicolás, mejor que el tarambana de Juan Pablo... ¿Que se quiere casar con una...? Hay que ver, hay que ver eso. No se puede juzgar sin oír... Podría suceder que no fuera... Se dan casos... ¡Vaya!... Y está enamorado como un tonto... ¿Y qué le vamos á hacer? Dios nos tenga de su mano.

Entró Nicolás de la calle, y preguntado por doña Lupe, dijo que venía de casa del *basilisco*. Aquel día se mostró más satisfecho, llegando á asegurar que su catecúmena comprendía bien las cosas de religión, y que en lo moral parecía ser *de buena madera*; con lo que llegó á su colmo la curiosidad de la viuda, y ya no le fué posible sostener por más tiempo el papel desdeñoso que representaba.

—Tanto te empeñarás—dijo al estudiante aquella noche,—que al fin lo vas á conseguir.

—¿Qué, tía?

—Que vaya yo en persona á ver á esa... Pero conste que si voy es contra mi voluntad.

Maximiliano, que era bondadoso y quería estar bien con ella, no quiso manifestarle indiferencia. «Pues sí, tía, si usted va á verla, se lo agradeceremos toda nuestra vida.»

—Ninguna falta me hacen vuestros agradecimientos, si es que me decido á ir, que todavía no lo sé...

—Sí, tía.

—Ni voy, si es que me decido, porque me lo agradezcáis, sino por medir con mis propios ojos toda la hondura del abismo en que te quieres arrojar, y ver si hallo aún modo de apartarte de él.

—Mañana mismo, tía; yo la acompaño á usted—dijo entusiasmado el chico.—Verá usted mi abismo, y cuando lo vea, me empujará.

Y fué al día siguiente doña Lupe, vestida con los trapitos de cristianar, porque antes había ido á la gran función del asilo de doña Guillermina, por invitación de ésta, de lo que estaba muy satisfecha. Quería dar golpe, y como tenía tanto dominio sobre sí y se expresaba con tanta soltura, juzgaba fácil darse mucho lustre en la visita.

Así fué en efecto. Pocas veces en su vida, ni aun en los mejores días de Jáuregui, se dió doña Lupe tanto pisto como en aquella entrevista, pues siendo el *basilisco* tan poco fuerte en artes sociales y hallándose tan cohibida por su situación y su mala fama, la otra se despachó á

su gusto y se empingorotó hasta un extremo increíble. Trataba doña Lupe á su presunta sobrina con urbanidad, pero guardando las distancias. Había de conocerse hasta en los menores detalles que la visitada era una moza de cáscara amarga, con recomendables pretensiones de decencia, y la visitante una señora, y no una señora cualquiera, sino la señora de Jáuregui, el hombre más honrado y de más sanas costumbres que había existido en todo tiempo en Madrid ó por lo menos en Puerta Cerrada. Y su condición de dama se probaba en que después de haber hecho todo lo posible en la primera parte de la visita por mostrar cierta severidad de principios, juzgó en la segunda que venía bien caerse un poco del lado de la indulgencia. El verdadero señorío jamás se complace en humillar á los inferiores. Doña Lupe se sintió con unas ganas tan vivas de protección con respecto á Fortunata, que no podría llevarse cuenta de los consejos que le dió y reglas de conducta que se sirvió trazarle. Es que se pirraba por proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quien ejercer dominio...

Una de las cosas que más gracia le hicieron en Fortunata fué su timidez para expresarse. Se le conocía en seguida que no hablaba como las personas finas, y que tenía miedo y vergüenza de decir disparates. Esto la favoreció en opinión de doña Lupe, porque el desenfado en

el lenguaje habría sido señal de anarquía en la voluntad. «No se apure usted—le decía la viuda tocándole familiarmente la rodilla con su abanico,—que no es posible aprender en un día á expresarse como nosotras. Eso vendrá con el tiempo y el uso y el trato. Pronunciar mal una palabra no es vergüenza para nadie, y la que no ha recibido una educación esmerada no tiene la culpa de ello...»

Fortunata estaba pasando la pena negra con aquella visita de *tantísimo cumplido*, y un color se le iba y otro se le venía, sin saber cómo contestar á las preguntas de doña Lupe, ni si sonreír ó ponerse seria. Lo que deseaba era que se largara pronto. Hablaron de la ida al convento, resolución que la tía de Maxi alabó mucho, esforzándose en sacar de su cabeza los conceptos más alambicados y los vocablos más requetefinos. A tal extremo hubo de llegar en esto, que Fortunata quedóse en ayunas de muchas cosas que le oyó. Por fin llegó el instante de la despedida, que Fortunata deseaba con ansia y temía, considerándose incapaz de decir con claridad y sosiego todas aquellas fórmulas últimas y el ofrecimiento de la casa. La de Jáuregui lo hizo como persona corrida en esto; Fortunata tartamudeó, y todo lo dijo al revés.

Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que estar *al quite*, acudiendo con el capote allí donde Fortunata se veía en peli-



gro por torpeza de lenguaje. Cuando salió doña Lupe, creyó que debía acompañarla hasta la calle, y así lo hizo.

—Si es una bobona...—dijo la viuda á su sobrino;—tal para cual... Parece que la han cogido con lazo. En manos de una persona inteligente, esta mujer podría enderezarse, porque no debe de tener mal fondo. Pero yo dudo que tú...

## VIII

Doña Lupe era persona de buen gusto y apreció al instante la hermosura del *basilisco* sin ponerle reparos, como es uso y costumbre en juicios de mujeres. Aun aquellas que no tienen pretensiones de belleza se resisten á proclamar la ajena. «Es bonita de veras—decía para sí la viuda camino de su casa,—lo que se llama bonita. Pero es una salvaje, que necesita que la domestiquen.» Los deseos de aprender que Fortunata manifestaba le agradaron mucho, y sintió que se agitaban en su alma, con pruritos de ejercitarse, sus dotes de maestra, de consejera, de protectora y jefe de familia. Poseía doña Lupe la aptitud y la vanidad educativas, y para ella no había mayor gloria que tener alguien sobre quien desplegar autoridad. Maxi y Papiotos eran al mismo tiempo hijos y alumnos, porque la señora se hacía siempre querer de los se-

res inferiores á quienes educaba. El mismo Jáuregui había sido también, al decir de la gente, tan discípulo como marido.

Volvió, pues, á su casa la tía de Maximiliano revolviendo en su mente planes soberbios. La pasión de domesticar se despertaba en ella delante de aquel magnífico animal que estaba pidiendo una mano hábil que lo desbravase. Y véase aquí cómo á impulsos de distintas pasiones, tía y sobrino vinieron á coincidir en sus deseos; véase cómo la tirana de la casa concluyó por mirar con ojos benévolos á la misma persona de quien había dicho tantas perrerías. Mucho agradecía esto el joven, y juzgando por sí mismo, creía que la indulgencia de doña Lupe se derivaba de un afecto, cuando en rigor provenía de esa imperiosa necesidad que sienten los humanos de ejercitar y poner en funciones toda facultad grande que poseen. Por esto la viuda no cesaba de pensar en el gran partido que podía sacar de Fortunata, desbastándola y puliéndola hasta tallarla en señora, é imaginaba una victoria semejante á la que Maximiliano pretendía alcanzar en otro orden. La cosa no sería fácil, porque el animal debía de tener muchos resabios; pero mientras más grandes fueran las dificultades, más se luciría la maestra. De repente le entraban á la señora de Jáuregui recelos punzantes, y decía: «Si no puede ser, si es mucha mujer para medio hombre. Si

no existiera este maldito desequilibrio de sangre, él con su cariño y yo con lo mucho que sé, domaríamos á la fiera; pero esta moza se nos tuerce el mejor día, no hay duda de que se nos tuerce.»

Media semana estuvo en esta lucha, ya queriendo ceder para oficiar de maestra, ya perseverando en sus primitivos temores é inclinándose á no intervenir para nada... Pero con las amigas tenía que representar otros papeles, pues era vanidosa fuera de casa, y no gustaba nunca de aparecer en situación desairada ó ridícula. Cuidaba mucho de ponerse siempre muy alta, para lo cual tenía que exagerar y embellecer cuanto la rodeaba. Era de esas personas que siempre alaban desmedidamente las cosas propias. Todo lo suyo era siempre bueno: su casa era la mejor de la calle, su calle la mejor del barrio y su barrio el mejor de la villa. Cuando se mudaba de cuarto, esta supremacía domiciliaria iba con ella adondequiera que fuese. Si algo desairado ó ridículo le ocurría, lo guardaba en secreto; pero si era cosa lisonjera, la publicaba poco menos que con repiques. Por esto, cuando se corrió entre las familias amigas que el sietemesino se quería casar con una tarasca, no sabía *la de los Pavos* cómo arreglarse para quedar bien. Dificilillo de componer era aquello, y no bastaba todo su talento á convertir en blanco lo negro, como otras veces había hecho

Varias noches estuvo en la tertulia de las de la Caña completamente achantada y sin saber por dónde tirar. Pero desde el día en que vió á Fortunata, se sacudió la morriña, creyendo haber encontrado un punto de apoyo para levantar de nuevo el mundo abatido de su optimismo. ¿En qué creeréis que se fundó para volver á tomar aquellos aires de persona superior á todos los sucesos? Pues en la hermosura de Fortunata. Por mucho que se figuraran de su belleza, no tendrían idea de la realidad. En fin, que había visto mujeres guapas, pero como aquélla ninguna. Era una divinidad *en toda la extensión de la palabra*.

Pasmadas estaban las amigas oyéndola, y aprovechó doña Lupe este asombro para acudir con el siguiente ardid estratégico: «Y en cuanto á lo de su mala vida, hay mucho que hablar... No es tanto como se ha dicho. Yo me atrevo á asegurar que es muchísimo menos.»

Interrogada sobre la condición moral y de carácter de la divinidad, hizo muchas salvedades y distingos: «Eso no lo puedo decir... No he hablado con ella más que una vez. Me ha parecido humilde, de un carácter apocado, de esas que son fáciles de dominar por quien pueda y sepa hacerlo.» Hablando luego de que la metían en las Micaelas, todas las presentes elogiaron esta resolución, y doña Lupe se encastilló más en su vanidad, diciendo que había sido

idea suya y condición que puso para transigir; que después de una larga cuarentena religiosa podía ser admitida en la familia, pues las cosas no se podían llevar á punta de lanza, y eso de tronar con Maximiliano y cerrarle la puerta, muy pronto se dice; pero hacerlo ya es otra cosa.

Entretanto, acercábase el día designado para llevar el *basilisco* á las Micaelas. Nicolás Rubin había hablado al capellán, su compañero de Seminario, el cual habló á la Superiora, que era una dama ilustre, amiga íntima y pariente lejana de Guillermina Pacheco. Acordada la admisión en los términos que marca el reglamento de la casa, sólo se esperaba para realizarla á que pasasen los días de Semana Santa. El Jueves salieron Maxi y su amiga á andar algunas estaciones, y el Viernes muy tempranito fueron á la Cara de Dios, dándose después un largo paseo por San Bernardino. Fortunata estaba con la religión como chiquillo con zapatos nuevos, y quería que su amante le explicase lo que significan el Jueves Santo y las Tinieblas, el Cirio Pascual y demás símbolos. Maxi salía del paso con dificultad, y allá se las arreglaba de cualquier modo, poniendo á los huecos de su ignorancia los remiendos de su inventiva. La religión que él sentía en aquella crisis de su alma era demasiado alta y no podía inspirarle verdadero interés por ningún culto; pero bien se le alcanzaba que la inteligencia de Fortuna-

ta no podía remontarse más arriba del punto adonde alcanzan las torres de las iglesias católicas. Él sí; él iba lejos, muy lejos, llevado del sentimiento más que de la reflexión, y aunque no tenía base de estudios en qué apoyarse, pensaba en las causas que ordenan el Universo é imprimen al mundo físico como al mundo moral movimiento solemne, regular y matemático. «Todo lo que debe pasar, pasa—decía,—y todo lo que debe ser, es.» Le había entrado fe ciega en la acción directa de la Providencia sobre el mecanismo funcionando de la vida menuda. La Providencia dictaba no sólo la historia pública, sino también la privada. Por debajo de esto, ¿qué significaban los símbolos? Nada. Pero no quería quitarle á Fortunata su ilusión de las imágenes, del *gori gori* y de las pompas teatrales que se admiran en las iglesias, porque, ya se ve..., la pobrecilla no tenía su inteligencia cultivada para comprender ciertas cosas, y á fuer de pecadora, convenía conservarla durante algún tiempo sujeta á observación, en aquel orden de ideas relativamente bajo, que viene á ser algo como sanitarismo moral ó policía religiosa.

El entusiasmo que la joven sentía era como los encantos de una moda que empieza. Iban, pues, los dos amantes, como he dicho, por aquellos altozanos de Vallehermoso, ya entre tejares, ya por veredas trazadas en un campo de cebada, y al fin se cansaron de tanta charla religiosa.

A Rubín se le acabó su saber de liturgia, y á Fortunata le empezaba á molestar un pie, á causa de la apretura de la bota. El calzado estrecho es gran suplicio, y la molestia física corta los vuelos de la mente. Habían pasado por junto á los cementerios del Norte, luego hicieron alto en los depósitos de agua; la Samaritana se sentó en un sillar y se quitó la bota. Maximiliano le hizo notar lo bien que lucía desde allí el apretado caserío de Madrid con tanta cúpula y detrás un horizonte inmenso que parecía la mar. Después le señaló hacia el lado del Oriente una mole de ladrillo rojo, parte en construcción, y le dijo que aquel era el convento de las Micaelas donde ella iba á entrar. Parecieronle á Fortunata bonitos el edificio y su situación, expresando el deseo de entrar pronto, aquel mismo día si era posible. Asaltó entonces el pensamiento de Rubín una idea triste. Bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. ¡Tanta piedad podía llegar á ser una desgracia para él, porque si Fortunata se entusiasmaba mucho con la religión y se volvía santa de veras, y no quería más cuentas con el mundo, sino quedarse allí encerradita adorando la custodia durante todo el resto de sus días!... ¡Oh!, esta idea sofocó tanto al pobre redentor, que se puso rojo. Y bien podía suceder, porque algunas que entraban allí cargadas de pecados se corregían de tal modo y se daban con tanta gana á la penitencia, que no

querían salir más, y hablarles de casarse era como hablarles del demonio... Pero no, Fortunata no sería así; no tenía ella cariz de volverse santa *en toda la extensión de la palabra*, como diría doña Lupe. Si lo fuera, Maximiliano se moriría de pena, se volvería entonces protestante, masón, judío, ateo.

No manifestó estos temores á su querida, que estaba con un pie calzado y otro descalzo, mirando atentamente las idas y venidas de una procesión de hormigas. Unicamente le dijo: «Tiempo tienes de entrar. No conviene tampoco que te dé muy fuerte.»

Era preciso seguir. Volvió á ponerse la bota y... ¡ay! ¡qué dolor! Lo malo fué que aquel día, Viernes Santo, no había coches, y no era posible volver á la casa de otra manera que á pie.

—Nos hemos alejado mucho—dijo Maximiliano ofreciéndole su brazo.—Apóyate, y así no cojearás tanto... ¿Sabes lo que pareces así, llevada á remolque?... Pues una embarazada fuera de cuenta que ya no puede dar un paso, y yo parezco el marido que pronto va á ser padre.

No pudo menos de hacerla reír esta idea, y recordando que la noche anterior, Maximiliano, en las efusiones epilépticas de su cariño, había hablado algo de sucesión, dijo para su sayo: «De eso sí que estás tú libre.»

El jueves siguiente fué conducida Fortunata á las Micaelas.